

## Historias clínicas

YISELL RODRÍGUEZ MILÁN



Tengo 39 semanas de gestación. Eso, para quienes no están familiarizados con la terminología relacionada con el embarazo, significa que ya puedo dar a luz en cualquier momento.

Hace unos días, al tomar un almendrán, en broma un chofer me pidió que, por favor, no pariera en ese momento. Sonreí, y le prometí con delicadeza que lo intentaría.

Para llegar bien al término de la gestación, en Cuba una debe asistir a innumerables consultas médicas. Las mías todas fueron en Marianao, uno de los municipios más poblados de La Habana, y con un médico que no es cubano.

Nunca me había atendido con un especialista extranjero, que es lo que es mi doctor aun cuando lleve diez años en la Isla y conozca del pi al pa los vericuetos de nuestro lenguaje oral y corporal.

Encima del consultorio vive la enfermera, que es su mano derecha. Esta enfermera mía es el corazón del consultorio, del barrio, y de toda la circunscripción. Lleva 30 años trabajando allí.

Conoce a todos los niños de la zona, porque atendió a sus madres durante sus embarazos, y ha asistido a cada anciano. Ella, como nadie, sabe cómo convencer de que visiten la consulta a quienes huyen de una vacuna o de una prueba citológica.

Y cuando desaparece por alguna causa, personal o laboral, los pacientes/amigos enseguida le echan de menos.

Hace unos meses la trasladaron por unos días para otro lugar y el consultorio casi colapsó. Porque hay muchas cosas, además de inyectar, con las que una enfermera alivia las tensiones diarias de este tipo de espacios...

No me había percatado de eso hasta que vi la consulta repleta de personas «echando chispas» debido a las largas colas de espera por el doctor, que trabajaba solo.

La mayoría solo quería tomarse la presión, saber si habían llegado sus análisis, la actualización de un tarjetón de medicamentos, una prueba citológica, hacer una pregunta, el teléfono de las farmacias de la zona, ayuda con un postrado, asesoramiento sobre un medicamento, una dieta que posiblemente ya estuviera firmada y acuñada, o, por supuesto, una inyección...

Era un caos para todos, excepto para las embarazadas porque, para ser honesta, nuestra sensible condición siempre establece una prioridad.

Y así, de prioridad en prioridad, cuando una pareja se enfrenta a su primer embarazo, el doctor y la enfermera del consultorio familiar se convierten en las personas más cercanas para solventar cada inquietud y en los temas más recurrentes de las conversaciones familiares del día.

¿Qué te dijeron? ¿Cuándo debes volver?, se vuelven preguntas comunes en casa, al igual que frases como «pasó el médico a verte» o «dice la

enfermera que vayas a ver a la ginecóloga».

No hace mucho vivo aquí. Me mudé la semana después de realizar el test de embarazo que dio positivo así que, *ipso facto*, tanto el médico como la enfermera se convirtieron en mi primer contacto con la nueva comunidad.

Viéndolos interactuar con la gente una aprende muchas cosas, entre ellas que ningún sitio es malo cuando se trata con amabilidad a las personas y se les escucha, aunque luego para convencerlas haya que ponerse un poco fuerte.

Sí, porque la consulta familiar es como una suerte de laboratorio de la zona. Y una termina conociendo allí, de tanto ir en nueve meses, las características de la maestra que luego impartirá clases a tu niño, de los padres de los bebés con los que compartirá clases, el nivel educacional de los vecinos, y una referencia objetiva acerca de cada sitio que debe ofrecer servicios básicos a la población, entre ellos, el propio consultorio médico.

## Un libro, una marca de luz

MIGUEL CRUZ SUÁREZ



La adolescencia es la edad de las huellas, la etapa de la vida en que pareciera que estamos hechos de arenas húmedas y las marcas se afinan allí como surcos

de luz; florecen el amor y el intelecto, la avidez de conocimientos se vuelve una sana adicción que tiene en la lectura su expresión más hermosa.

Justamente allí, en esa ebullición de hormonas y de sueños, abrí por vez primera las puertas de un libro mágico, un pasadizo maravilloso hacia la fantasía de un mundo imaginario y a la vez real; fantástico pero cercano. *Cien años de soledad* no fue entonces sencillamente un libro, fue la primera lectura de un autor genial, de un hombre que luego se convirtió en ese compañero inseparable que te

dota de historias que vas leyendo una tras otra, como si fuesen también las anécdotas de tu propia existencia.

Descubrí en esas páginas el legado genial de una América hechizante, en la cual se nos pierden los límites exactos de lo real, y se junta, a la verdad material y pura, la fantasía latente en las historias de los abuelos junto a las cuales transcurrió nuestra infancia. Descubrí otra manera de relatar la vida común de nuestros pueblos y de poner en las hojas de un libro el secreto de soñar.

La trama inigualable que el texto narra obró el milagro de incluirme en sus márgenes, de ponerme allí, como flotando dentro del viejo caserón de Úrsula, mirándolo todo y encontrando asombrosas coincidencias con el cálido recuerdo de mi abuela y sus canas plateadas y entrañables.

Amé y sufrí con cada personaje, reí con ellos y en medio de mi vida

humilde y campestre tuve el aliento de saber que la maravilla puede habitar en los lugares más inesperados.

En la medida que avanzaba en la lectura me sorprendía ir descubriendo que los acontecimientos que a diario nos rodean podían ser contados de una forma distinta y que entonces un suceso ordinario, sin aparente importancia, puede esconder las pistas de una trama increíble que espera ser contada por alguien que sea capaz de rescatar la fantasía, en un mundo que parece empeñado en prescindir de ella.

El hecho de que yo viviese en un pequeño pueblo del oriente cubano, repleto de personas singulares, nombres criollos, costumbres campesinas, humor picaresco matizando las relaciones entre vecinos y esa familiaridad que genera el ambiente de los barrios rurales, influyó

notablemente en que encontrara múltiples conexiones entre los avatares de mi vida diaria y el ambiente singular de Macondo.

Es cierto que en mi barrio natal no nacieron niños con cola de iguana, ni llovía infinitamente por días y noches enteras, pero sí proliferaban episodios insólitos, tal vez como un subterfugio –símil perfecto de lo descrito por García Márquez– para espantar las carencias y los rigores de tiempos donde no fue justamente la bonanza ni la abundancia material lo que marcaba a la gente.

Nuestros Buendía tuvieron otros apellidos y ya conocíamos el hielo, pero las supersticiones, los pagos de promesas, el temor a los muertos, las infidelidades e incluso ese sentimiento de soledad que a veces envolvía la atmósfera del pueblito, me hacían sentir más que lector, un protagonista de esa obra genial.

## Soledad

LESLIE DÍAZ MONSERRAT



Tiene una casa grande: cuatro cuartos, dos baños, un patio interior. Se sienta en el portal, saca el periódico del día, se pone los espejuelos, revisa las noticias.

Está muy limpio. Los vecinos aseguran que está bien atendido. Lleva medias blancas y una pijama. Por la tarde le nacen dos manchas de talco como lunares que deja fuera de su camiseta de turno.

Su cuarto tenía vista a la calle y dos ventanales grandes para evitar el calor. Le sobraba espacio para acomodar la cama camera y los muebles. El escaparate estaba en una esquina, ahí organizaba sus recuerdos, guardaba sus ausencias.

Cuando el nieto menor se casó decidieron darle la habitación matrimonial. Él no dijo nada. Había criado a ese niño que ya era un hombre. Acomodó sus cosas en el cuartico del final del pasillo, el pequeño...

Ahí solo cabe una cama personal, en el clóset guardó su ropa. En la pared un viejo cuadro de familia, junto a su

mujer, cuando trabajaba en la construcción. Cuando dejó la piel en cada bloque de esa, ¿su casa?

Cuando ella vivía se comía temprano. Ahora no. La casa está llena de familia, su familia. La comida siempre sale tarde. Antes protestaba; pero un día hasta lo regañaron y le apuntaron con el dedo como se le hace a los niños.

¿Regañarlo a él, el albañil, el joven que levantó cada una de las paredes, que los fines de semana iba a trabajar en el campo hasta quedar exhausto?

Pero aquel hombre, el mulato grande, fornido, respetable y respetado ya no existía.

Ahora se ponía talco y medias blancas con chancletas. Tomaba un montón de pastillas cada pocas horas. Se sentaba en su cuarto, frente a su cuadro de familia. Al fondo la radio y una canción tan antigua como él.

Se le mojan los ojos, pero la vejez no podrá doblegarlo. Al final está limpio, tiene un plato de comida y ¿una familia? Le dan las pastillas a su hora, lo llevan al médico, pero lo regañan con el dedo, pero se siente solo en el cuarto del fondo, pero ya nadie le habla, pero ya no tiene sueños, pero no le preguntan cuánto le duele, en una casa llena de gente, su soledad.